

Editorial

A lo largo del año 1998-99 se implantará en nuestro centro el tercer curso de la Enseñanza Secundaria Obligatoria, la ESO, denominación desafortunada donde las haya. ¿ESO? ¿Qué es eso? Su mismo nombre, reducido a siglas, llena de incertidumbre.

Porque lo que nos inquieta es aquello que aún no controlamos, lo desconocido. Pero, si bien lo que no acabamos de percibir con nitidez nos incomoda, también ejerce una cierta atracción, ya que propicia el replanteamiento de aquellas cuestiones que nos preocupan por ser profesionales de la enseñanza a la que dedicamos buena parte de ese espacio de tiempo que nos ha tocado en suerte. Por ello, como siempre que presentimos la cercanía de algún cambio, todo nuestro ser se pone en guardia, y si entonces acepta el reto de "lo novedoso" sin olvidar lo que ha adquirido a través de la experiencia, puede salir fortalecido. Suficientemente fortalecido para conseguir que las aulas sigan siendo lugares en los que se despierta el amor al conocimiento a través del espíritu crítico, el único que puede hacer al ser humano libre y lúcido, capaz de comprender y, por ello, de crear.

En este contexto vuelve a salir un nuevo número de nuestro periódico que, según su habitual trayectoria, sirve de nexo entre distintas generaciones. Pone de manifiesto los temas que interesan a los más jóvenes, alumnos actuales del Cervantes, a los que hace años pasaron por sus aulas, tanto profesores como alumnos y, también, a estudiosos de distintas materias.

Así, en "El Ingenioso Hidalgo" se dan cita cuestiones muy variadas, que abarcan desde lo literario, histórico, social o deportivo hasta las diversas posibilidades de la expresión gráfica. Se resumen también las actividades extraescolares realizadas a lo largo del curso y, concretamente en este número, se incluye un apartado dedicado al 450 aniversario del nacimiento de D. Miguel de Cervantes, cuya conmemoración concluye en estas fechas.

En momentos de cambio es especialmente alentador comprobar cómo intereses tan diversos pueden confluír para dar forma a un periódico que, con alguna interrupción, ha ido siempre unido a la vida de nuestro centro. Es por ello por lo que representa un símbolo del espíritu de apertura y respeto que, como colectivo, debemos asumir e intentar difundir. Una prueba palpable de que mientras haya en nuestro instituto personas cuyo interés por el saber vaya más allá de las meras coyunturas, la transmisión de la cultura seguirá siendo un horizonte al alcance de la mano.

Alonso Quijano

Con buen ánimo, mitad alocado y mitad cuerdo, luego justo -"in medio virtus"- emprendo la aventura de gustar y endulzarme con la virtud en el Quijote.

No hay hombre que pise el orbe terráqueo acá o allende los mares, ni encima de los cielos y ni por debajo de los infiernos -si mortal alguno hay allí, que no creo- que pueda estar ignorante de las virtudes del Gran Caballero D. Quijote de la Mancha.

Doy por descontado la "virtud": valor, fuerza, vigor, pues desesperaba pasar día sin topar con alguien con quien hacer experiencia del valor de su brazo; la figura era contrahecha, pero en él sus huesos descarnados y sus armas formaban un todo; ya se lo dijo al ventero: - "Mi arreos son las armas, mi descanso el pelear, mi cama las duras peñas, mi dormir siempre velar."

No es menester detenerse en lo feliz o no tan felizmente probado valor escrito en todos los idiomas y hasta esculpido con sudor y sangre en las aspas de los molinos; ahí queda la gran lección y lo escrito, escrito está. Si alguien se atreviera a desmentirlo, tendría que oír la siempre sabia y seria sentencia del Caballero de la Triste Figura: - ¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás ciñó espada!. Mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago del atrevimiento. Nadie, ni la Santa Hermandad, tuvo la fuerza y el valor de D. Quijote de la Mancha. -Dime Sancho, por tu vida: ¿Has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?.

Pero pasemos sin más tardanza al núcleo de la cuestión: a la virtud como integridad de ánimo, bondad de vida como hábito de alma para las acciones conforme a la ley moral, y como acción virtuosa o recto modo de proceder.

Insensato, sin más, sería el hombre de cualquiera de las cinco partes del mundo y de otras dimensiones extraterrestres, si no diera fe de la virtud de D. Quijote de la Mancha y de ella no hubiera tomado lección y consejo para él y los suyos.

No sólo adornan su figura las virtudes cardinales y las teologales; hay otras muchas que no constan en el catecismo y sí en la vida y que son tantas y tan hermosas, que por ello creo -a mi entender- que no ha habido ni habrá otro sobre la faz de la tierra más virtuoso -y por ende más santo- que D. Quijano, apodado "El Bueno". Tal vez haya exagerado, porque hubo dos hombres consagrados por la Palabra de Dios: José, el carpintero, llamado el Justo, y Juan el Bautista, de quién dijo el Señor: "No había nacido de mujer nadie mayor que Juan". Aquí también, Sancho, con la Iglesia hemos dado.

Mas ¿por dónde comenzar, por dónde dar rienda suelta a tantas señas de virtud? Hagamos tres piques al azar por sus aventuras, que serán suficientes para entonar el más grande panegírico que se haya pronunciado y oído de santo alguno, aunque no sería gracia mía, sino del acerbo de virtudes, que pronto comprenderéis, adornaban a D. Quijano, "El Bueno".

Así, honra, honor y gloria de D. Quijote de la Mancha es no querer usurpar derechos, cargos, ni títulos falsos, sino obrar según la ley, adquiriendo en buen castillo el título de caballero. No podría ser de otra manera quien pensaba "agravios deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer". Y así, antes de salir mas allá de los lindes de su casa, tuvo D. Quijote de la Mancha la graciosa manera de armarse caballero, creyendo cumplir con todas las ceremonias que se habían transmitido en los libros de caballería y mucho más, con tanto ánimo que merecieron la atención de los presentes y de todos los hombres y siglos venideros. Con su título recién estrenado, comenzó a repartir gracias y honores, al ama que le ciñó la

espada llamada Tolosa, D. Quijote de la Mancha le replicó que, "en adelante, se llamase Doña Tolosa"; y a la que le calzó la espuela, y se llamaba Molinera, le rogó "se llamase Doña Molinera".

Del feliz y amoroso sentimiento hacia su bien amada Dulcinea, sería mejor callar, pues es virtud esencial en caballería, "... porque un caballero andante sin amores es un árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma."

"Básteme a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo, que así era su primer nombre, es hermosa y honesta y la más alta princesa del mundo. Porque has de saber Sancho, que dos cosas solas invitan a amar más que otras, que son: la mucha hermosura y la buena fama, porque en ser hermosas ninguna la iguala, y en la buena fama pocas le llegan."

Como buen caballero quiso imitar al más grande caballero conocido hasta entonces, Amadís. Y siendo Amadís de Gaula gran rezador de Dios, se dijo el de la Triste Figura: "¿qué haré de rosario, que no lo tengo.? Y le vino al pensamiento cómo lo haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, e hízole once nudos, uno más grande que los demás, y esto le sirvió de rosario, y rezó un millón de avemarías", que se sepa.

Gran virtud es alegrarse del bien ajeno, y a D. Quijote de la Mancha le alegraba y le hacía dichoso que su escudero Sancho encontrara -por fin- la buena ventura que le había prometido, "ser Gobernador de una Insula".

Y le da sus consejos: "Has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo: has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey. Has de ejercitar el cargo con blanda suavidad, que guiada por la prudencia, te libre de murmuración maliciosa. Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje. Se padre de virtudes y padraastro de vicios. Mira, Sancho: si tienes como medio la virtud no hay porque tener envidia de príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale."

Otros muchos y sabios consejos le daba, que paso por alto, pero no quiero olvidar algunos por su gracia y plasticidad: "No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería. Anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo. Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Se templado en beber, que demasiado vino no guarda secreto ni cumple palabra. Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de eructar delante de nadie."

Si quedaba alguna virtud por reseñar, advierte sobre el juego de naipes, azar caprichoso y escuela clarividente para conocer a los hombres y nos da un consejo medido y muy práctico, amén de útil cuando las cosas se tuercen; y dice: "Paciencia y barajar."

Y no quiero eternizarme, que las cosas humanas no son eternas, y ya en el lecho de su muerte, llama a sus buenos amigos el cura, el bachiller Sansón Carrasco y al Maese Nicolás, el barbero, para que oigan su confesión y testamento y volviéndose a Sancho le dice "... perdóname, amigo, la ocasión que te he dado de parecer loco como yo." Y dando una gran voz dijo: "!Bendito sea el Poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho.!

Sus misericordias no tienen límite, y no las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Y una de las misericordias es que Dios me devolvió el juicio libre y claro, y no me pesa, sino que este desengaño haya llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma."

Finalmente el escribano constató: "(...)que ningún caballero andante había muerto en su

lecho (...) tan cristianamente como D. Quijote.

Leed despacio, saboread, sacad conclusiones y veréis por el cúmulo de virtudes narradas, aparte de las que quedan en el tintero, que se puede afirmar con toda seguridad que fue el hombre más virtuoso y por ende el mas santo y el más cuerdo.

A D. Miguel de Cervantes en el cuatrocientos cincuenta aniversario de su nacimiento, permitidme titularle no sólo el Príncipe de los Ingenios, sino el "Genio" (dios) de los Ingenios. Que así sea. Amén.

Ramón Lozano Aguado
Profesor de Religión